



DIA VEINTIUNO.

La oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

AMOR Y GRATITUD QUE DEBEMOS A LOS ANGELES
CUSTODIOS.

Punto 1.º Considera, alma mia, que los deberes que nos ligan á nuestros Angeles custodios, son más imperiosos y más íntimos que los que tenemos para con los demás Angeles y santos del cielo; porque aunque tengan éstos sobrados títulos para merecer nuestro amor y respeto, no tienen sobre nosotros autoridad divina ni nos cuidan con más solicitud perseverante desde la cuna hasta el sepulcro: pues así como cuando un padre entrega á su hijo á un ayo para que lo eduque, traslada á él los derechos de la paternidad cuanto es conveniente para el fin que se propone; de la

misma manera Dios, al entregarnos á los Angeles custodios para que nos guien y enderecen en esta vida mortal, les ha comunicado su autoridad soberana, cuanto es necesario para la consecucion de nuestro último fin, ó sea nuestra eterna felicidad. Debemos, por consiguiente, considerarlos revestidos de autoridad divina sobre nosotros; tienen el derecho que Dios les ha dado, y á nosotros nos corresponde el deber de considerarlos como sus representantes. Y como desempeñan fielmente su noble mision, derramando á manos llenas sobre nosotros la abundancia de sus favores, de aquí nacen los deberes de amor y gratitud que para con ellos tenemos. En primer lugar, el amor, porque el motivo más poderoso para amar es el amor mismo, por esto se ha dicho que el amor engendra amor: *Si vis amari ama*: Si quieres ser amado ama tú tambien. Los Angeles custodios nos aman de un modo tiernísimo que no podemos comprender; porque somos como ellos criaturas inteligentes y libres y la semejanza de naturaleza siempre engendra amor; nos aman porque han visto á Dios amarnos hasta el punto de darnos á su Hijo y han visto á la vez á este Hijo dar su vida por res-

catarnos y hacerce amar por nosotros durante toda la eternidad; más como el amor sólo se corresponde con amor, debemos también nosotros amar á nuestros Angeles custodios. Todavía más, aun suponiendo que ellos no nos amasen, nos bastaria saber que Dios los ama por ser criaturas las más perfectas que ha sacado de la nada. ¿Y no seria justo que nosotros amásemos lo que Dios ama? Lo que es digno del amor divino ¿no seria con mayor motivo digno del nuestro? Por otra parte, si el conjunto de las cualidades que constituyen el mérito de una persona, produce en nosotros amor, cuan grande debe ser el amor que profesemos á nuestros Angeles de guarda: puesto que cuanto mayores y más excelentes son las cualidades que adornan á una persona, tanto más amable la hacen. ¿Y quién duda, como se ha demostrado ya en los días anteriores, que la nobleza, sabiduría, gracia, santidad, poder, hermosura, y demás bellas dotes, que forman un armonioso conjunto se encuentran reunidas en nuestros Angeles custodios? Son, por tanto indiscutibles y por lo mismo puestos fuera de duda los hermosos títulos que hacen acreedores á nuestro amor á los Angeles custodios.

Punto 2.º Considera, en segundo lugar, que siendo la gratitud el reconocimiento de los beneficios dispensados; á nadie despues del amable Jesus y de su santísima Madre, debemos mayor gratitud que á nuestro Santo Angel custodio; porque despues de nuestro Salvador y de María, de nadie hemos recibido mayores bienes y más esmerada solicitud, que de nuestro celeste protector y perpetuo compañero.

Para persuadirnos bien de este deber, nos bastaria recordar los oficios que desempeñan con nosotros: ellos nos purifican, nos iluminan y perfeccionan, nos libran de los peligros de alma y cuerpo, ofrecen á Dios nuestras buenas obras, bajan del cielo á la tierra, llenos de bendiciones y gracias que derraman en nuestras almas, excusan nuestras faltas delante de Dios, nos asisten en una palabra de dia y de noche prodigándonos toda clase de atenciones y cuidados. En vista de tantos y tan continuos beneficios que nos dispensan, ¿podremos negarles nuestros sentimientos de gratitud? ¡Al seríamos entónces más ingratos que las mismas fieras, pues los historiadores refieren ejemplos sorprendentes de esta hermosa virtud dados por algunos animales.

Resolvámonos, pues, á ser de hoy en

adelante más agradecidos á nuestros Angeles custodios, y á corresponder con amor más crecido á todos sus tiernos y amorosos desvelos; así se redoblará más y más su vigilancia hasta ponernos en posesion del reino celestial.

JACULATORIA.

Santos Angeles custodios, que sois nuestra luz, nuestros protectores, nuestros consejeros y nuestros guias; recibid los homenajes de nuestro reconocimiento y rogad por nosotros.

PRACTICA.

Siempre que salgais bien de algun lance apurado, ó tenga un éxito feliz la empresa que acometais, acordaos de que el Angel de vuestra guarda ha tomado parte muy especial y dadle las más finas gracias.

Se rezan tres Padre nuestros y tres Ave Marias con Gloria Patri y se ofrecen con la siguiente

ORACION.

Amorosísimo Angel de mi guarda, representante de Dios en la tierra para dirigir todos mis pasos hácia el bien y

apartarme con tierna solicitud de los caminos del mal; ¡con qué amor podré corresponderos tantos y tan afectuosos cuidados, como de continuo me estais prodigando desde que vine á este mundo? ¡Y cómo podré daros los más vivos testimonios de gratitud que mereceis, cuando apenas alcanzo á entender ó vislumbrar la grandeza de vuestros beneficios? ¡ah! Vos, Angel mio, bien conocéis mi impotencia y ceguera para no exigir de mi los homenajes de reconocimiento que os corresponden, por tanto, sólo os ruego me alcanceis de Dios la gracia de dejarme regir y gobernar de vos segun el beneplácito divino. Amen.

EJEMPLO.

Santa Francisca Romana, que floreció á mediados del siglo XV, gozaba constantemente de la presencia visible del Angel de su guarda. Veíale á su lado en forma de un lindísimo niño, de cuyo rostro nacian tan vivos resplandores, que para ella nunca habia noche. Sus ojos elevados al cielo, sus labios sonreían dulcemente, sus cabellos de oro flotaban graciosamente con la brisa, sus manos cruzadas sobre el pe-

cho, sus vestiduras aparecian una veces cándidas como la nieve, otras como el azul del cielo y otras del color de la púrpura. Dichosísima vivia la santa al lado de tan sin par compañero; pero si alguna vez cometia alguna ligera falta, se ausentaba de ella hasta que la expiaba. Otras veces que por atender al cumplimiento de alguna obligacion tenia que suspender el rezo del santo Rosario ó del oficio parvo de la Santísima Virgen, al volver hallaba que el Angel tenia escrito con letras de oro lo que habia dejado de concluir: tanto agrada á los Angeles la exactitud en atender á los propios deberes.—*P. Rafael Pérez.*

*Oracion final á la Reina de los Angeles.
Oh María etc.*



DIA VEINTIDOS.

La oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

REVERENCIA A NUESTROS ANGELES CUSTODIOS.

Punto 1.º Considera, alma mia, que por muchos títulos estamos obligados á rendir á los Angeles custodios nuestros homenajes de honor y de respeto; pues se honra y respeta á un príncipe, á un magistrado por el alto puesto que ocupa en la sociedad; á un sabio, á un maestro por su ingenio y sabiduría; se respeta mucho más á un sacerdote, á un obispo por la altísima dignidad de que están condecorados; se veneran y reverencian las virtudes de los santos, y las personas consagradas á Dios aun que la Iglesia no las haya declarado santas. Ahora bien, ¿cuál de estos títulos que a-

rebatan nuestras respetuosas atenciones, puede faltar á nuestros Angeles custodios? Ellos son, como ya lo hemos repetido varias veces, por su naturaleza más excelentes que nosotros, más sabios, más poderosos; por la gracia divina que poseen, son hermosísimos, santos y felices, y todos estos títulos, ¿no serán suficientes para merecer nuestro respeto y reverencia? Si no lo son, entónces no hay criatura en el cielo ni en la tierra que sea digna de nuestras más vulgares atenciones. Mas todos estos títulos convienen á todos los Angeles sin excepcion, por los cuales son acreedores á nuestros respetos y atencion; pero respecto de nuestros Angeles custodios, en cuanto se les ha encomendado el cuidado de nuestras almas, hay un título poderosísimo que nos obliga estrechísimamente á honrarlos y venerarlos; y este título es el haber sido constituidos cerca de nosotros los enviados y los embajadores de Dios, y los ministros y representantes de su Persona. Así, pues, como son rodeados de honores entre los hombres, los embajadores de los reyes, así tambien, y mucho más, nuestros Angeles custodios deben ser honrados con toda clase de honores y respetos. ¿Y que son los embajadores humanos comparados con los

Angeles? ¿Y que son los reyes que los envian comparados con Dios? Debemos, por consiguiente, honrar á nuestros Angeles custodios, y todovía más que á nuestros mismos padres que nos han dado la vida corporal y que nos la conservan ó la han conservado á costa de mil sudores y trabajos; porque, ¿la vida del alma no es superior á la del cuerpo? Aquellos que ponen todo su cuidado en conservárnosla para que podamos llegar al cielo, merecen indudablemente ser honrados mucho más.

Punto 2.º Considera, en segundo lugar á qué nos obliga esta reverencia y honor debidos á nuestro Angel custodio. Nos obliga á no hacer nada en su presencia que pueda desagradarle, siguiendo el consejo de San Bernardo que nos dice: “Anda con recato como quien está en presencia del Angel á quien has sido encomendado; en cualquier lugar, en cualquier rincon reverencia á tu Angel: no te atrevas á hacer en su presencia lo que no te atreverias á hacer en la mia.”(1) “Así como la hediondez ahuyenta á las palomas, dice San Basilio, y el humo á las moscas de la miel, así el pecado pone en fuga á nuestros buenos

(1) Serm. in Psalm. 90.

Angeles.”(2) ¡Por qué, pues, si creemos que en realidad un Angel esta constantemente á nuestro lado y es testigo de todos nuestros actos, nos atrevemos á hacer en su presencia lo que no osáramos ni delante del más vil hombrecillo? ¡Cuán graves son las inconsecuencias de nuestra fé práctica! Nos avergonzamos si un amigo ó un compañero llega á saber nuestras faltas, y se nos da poco de que el Angel del Señor esté contemplando nuestras miserias y pecados. No olvidemos que Jesucristo inculca el respeto á los niños en atencion á sus santos Angeles: que San Pablo ordena que las mujeres se cubran la cabeza en el templo por respeto á los Angeles que allí asisten: que Daniel, Tobias, el Evangelista San Juan se turban y caen de rodillas en tierra en presencia de un Angel. Imitemos á muchos santos y almas virtuosas que acostumbran no solo saludar á su Angel de guarda; si que tambien á los Angeles custodios de las personas con quienes tratan; reclaman su apoyo, les ceden el paso antes de pasar por una puerta, y ejercen para con ellos otras mil respetuosas atenciones.

(2) Hom. in Ps. 33.

Angel santo de mi guarda, perdonadme todas las faltas que he cometido hasta hoy en vuestra presencia soberana.

PRACTICA.

Acostumbraos á andar en la presencia de vuestro Angel custodio y á saludarle frecuentemente, en particular ántes de comenzar una buena obra solicitando su asistencia y apoyo.

Se rezan tres Padre Nuestros y tres Ave Marias con Gloria Patri y se ofrecen con la siguiente

ORACION.

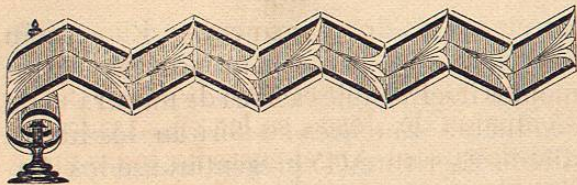
Santo Angel de mi guarda, vigilante centinela, que estais siempre á mi lado observando hasta los más ligeros pensamientos de mi alma y los menores movimientos de mi cuerpo; cuántas veces olvidándome de vuestra presencia, he cometido irreverencias y desacatos delante de vos con mis pecados; perdonadme y ayudadme, santo Angel mio, á respetaros y á reverenciaros, como lo mereceis, para que no piense, hable, ni obre sino lo que agrada á nuestro Señor y á vos. Amen.

EJEMPLOS.

Del V. P. Bernardino Realino, de la Compañía de Jesus, se lee en su vida, que guardaba á su Angel custodio todas aquellas atenciones que prescribe la urbanidad; si iba por las calles, le ofrecia el lado más digno; si estaba en el templo, lo tenia al lado derecho. Y el tambien sentia las atenciones mútuas del Angel; una vez siendo ya muy anciano, tropezó, y su santo compañero le dió la mano para que no cayese: en otra ocasion le estuvo cubriendo la cabeza miéntras decia Misa, para que no le causase daño el frio, y mil otras finezas por este estilo.

Esta fé viva habia logrado infundir en sus congregantes el P. Jantier, hasta tal grado, que los niños, cuando le encontraban en los tránsitos, ó iban á su cuarto, saludaban primero al Angel del Padre con una expresion de afecto y reverencia que bien se veia de donde les nacia, y lo hacian aun más patentes con la regularidad de sus costumbres y acendrada piedad.—
P. Rafael Perez.

*Oracion final á la Reina de los Angeles,
Oh María etc.*



DIA VEINTITRES.

Oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

TEMOR A NUESTROS ANGELES CUSTODIOS.

Punto 1º Considera, alma mia, que si el amor y beneficios continuos que los Angeles custodios nos dispensan, no son suficientes á enmendar nuestra vida y á tributarles los homenajes de respeto y veneracion que les son debidos, al ménos muevan nuestra insensibilidad su indignacion y justa cólera por las que castigarán nuestra ingratitud.

Consideremos que estos mismos habitantes del cielo, que, como hemos visto, llevan allá nuestras plegarias y buenas obras para traernos en cambio abundantes bendiciones y gracias; tambien saben llevar

nuestros pecados y crímenes. Ellos serán los que un día den contra nosotros testimonios irrefragables acerca de nuestra mala conducta. Entónces se abrirán los libros, dice la Escritura,(1) presentaránse los Angeles custodios, y se leerá en su espíritu y memoria, como en registros vivientes, un diario exacto de nuestras acciones y vida criminal. San Agustín es quien lo dice, "Que nuestros crímenes están escritos, como en un libro en el conocimiento de los espíritus celestes, los cuales están destinados á castigar los crímenes."(2) Cuántas maldades horribles se pondrán de manifiesto á un solo golpe de vista y cuan grande será la vergüenza de nuestra vida delante no sólo de la hermosura de Dios, sino en presencia de la belleza incorruptible de estos espíritus puros, que nos echarán en cara sus asíduos y amorosos cuidados; con que fuerza harán patente la enormidad de nuestras faltas; pues no sólo el cielo y la tierra se habrán irritado contra nosotros; sino que aún nosotros mismos no podremos sufrimos. ¡Ah! sí, temblemos, temblemos porque el Angel que está á nuestro lado, este guardian fidelísimo, tomará par-

(1) Apoc. XX. 12.

(2) Cont. Julian., lib. VI. cap. XIX. n. 62.

te contra nosotros; pues, el alma que se le ha encomendado, se hallará entónces perdida y desesperada, sentirá el más completo abandono y la soledad más espantosa, viendo á sus mejores amigos levantarse contra ella. Estos caritativos compañeros pueden llegar á ser, por culpa nuestra, nuestros persiguidores porque nuestros pecados habrán convertido en contra nuestra todo aquello que se nos habia dado para nuestra salud eterna. El Salvador se tornará en Juez inflexible, su sangre derramada por nuestro perdon, clamará venganza contra nuestros crímenes. Los Sacramentos, estas dulces fuentes de gracia, se volverán contra nosotros fuentes de maldición. El cuerpo de Jesucristo, manjar de inmortalidad, llevará á nuestras entrañas la eterna condenacion; pues es tal la malicia del pecado, que cambia en veneno mortal y en peste horripilante los remedios más saludables: no nos asombremos, pues, de que los Angeles custodios puedan convertirse en nuestros perseguidores y enemigos implacables.

Punto 2.º Considera, que no solamente son terribles nuestros Angeles custodios en el día del juicio, sino que tambien miéntras vivamos en el mundo deben inspirar-

nos temor: porque si son instrumentos de la misericordia de Dios, son tambien instrumentos de su justicia y están dotados de un poder extraordinario, del cual hacen uso cuándo y cómo el Señor les ordena. Así leemos en la Santa Escritura que en una sola noche, un Angel mató á los primogénitos de los egipcios:[1] y en otra noche otro Angel mató igualmente hasta ciento ochenta y cinco mil soldados en su campamento.(2) Mas esto nada tiene de asombroso, porque un solo Angel, merced al poder que tiene por su naturaleza, bastaría para dar muerte en pocos momentos á todos los hombres. Pero nuestro temor debe crecer al considerar que Dios les ha dado poder para castigar nuestros pecados; y aunque no sepamos que usan con frecuencia de este poder, basta que sepamos que lo poseen para que esto sea ya un motivo para temerles, pues aunque no los usaran más que raras veces, los golpes que contra nosotros descargaran serian en extremo sensibles y dolorosos; porque podrían, por ejemplo, privarnos de nuestros padres, hermanos, amigos, ó de nuestros bienes, de algun miembro de nuestro cuer-

[1] Exod. XII, 29.

[2] Reg. XIX, 35.

po, ó finalmente de nuestra salud. Consideremos, pues, que el Angel custodio, testigo perpetuo de nuestras acciones y celoso por el cumplimiento de la justicia divina está pronto á castigarnos á la menor señal de Dios. Como se le preguntara á un venerable solitario, cuál era su práctica diaria favorita, respondió: "Me considero como si mi Angel estuviera delante de mí, y me vigilo á mí mismo, acordándome de lo que está escrito: *Veia siempre á mi Señor en mi presencia porque está á mi lado para que no me turbe;*(1) le temo porque el observa todo lo que hago, y cada dia sube hácia Dios para darle cuenta de mis oraciones y de mis palabras."(2)

JACULATORIA.

Angel de mi guarda, ministro de la Misericordia como de la Justicia divinas, haz que os ame y os tema siempre.

PRACTICA.

En las oraciones de la noche, practica los actos de temor á vuestro Angel custodio, en particular cuando hayais tenido la desgracia de caer en algun pecado grave.

[1] Ps. XV. 8.

[2] Vida de los Padres del Desierto. Lib. VII. c. 64.

Se rezan tres Padre Nuestros y tres Ave Marias con Gloria Patri y se ofrecen con la siguiente

ORACION.

Angeles de nuestra guarda, espíritus poderosos, en cuyas manos vibra la espada vengadora de la Justicia divina, no descargeis sus golpes sobre nosotros, infelices pecadores, que la hemos provocado con nuestros delitos, miradnos aquí postrados, llenos de temor por haberos afligido tanto con el endurecimiento de nuestros corazones; pero ahora queremos alegraros con las lágrimas de nuestra penitencia; á fin de que borreis del libro de nuestra vida todos los pecados que hemos cometido, y nos presentéis un día ante el trono de Dios cubiertos con la cándida vestidura de la gracia para alabarle eternamente. Amen.

EJEMPLO.

Juan Correa, jovencito jesuita de extraordinaria virtud, tenia la dicha de tratar visible y familiarmente con el Angel de su guarda; con él consultaba sus dudas, de él recibia lecciones: eran como dos amigos íntimos. El Angel solia despertar á Juan

todas las mañanas, más un día se mostró éste un poco remiso y no obedeció con la prontitud de siempre. La falta no era muy grave, sobre todo estando el pobre jóven fatigado de un largo y penoso camino hecho á pié por las sierras y bosques vírgenes de América; sin embargo, su amante ayo pensó de otra manera. ¿Qué castigo le daría? El que podia serle más sensible: se le ocultó por unos cuantos días, y luego que á fuerza de súplicas y lágrimas volvió á mostrársele, le reprendió severamente su negligencia.—*P. Rafael Pérez.*

*Oracion final á la Reina de los Angeles:
Oh María etc.*

